

fuerza, los hombres de resolución ambiciosa é indómita, cuantos aspiran y no se duermen en la indolencia, los que, en lucha directa con el destino, pagan tributo al terror de lo ignorado y se dejan atraer por la promesa de un vaticinio, á pesar de cuanto protesta en ellos la razón, negando la posibilidad de tales profecías...

Siempre un anuncio de felicidad proporciona una reacción sana y grata; el sistema nervioso lo agradece. Los más convencidos de la vanidad del presagio comprueban gustosos que la corneja está á la derecha y que los pollos sagrados pican bien el grano que se les ofrece. ¡Somos tan pequeños, tan inermes; nos encontramos de tal manera á merced de la casualidad! ¡Por qué han metido en chirona á la maga, á la cual ni conozco ni conoceré nunca, porque no tengo imaginación suficiente para fantasear venturas en un echar de cartas, pero de la cual diría, si no pareciese irreverencia servirse de tales textos: «No encuentro culpa en esta mujer?»

¿Es por el engaño por lo que la encarcelan? ¿Acaso engaña ella sola? ¿No es el engaño la trama de las relaciones entre el género humano, apenas se atraviesa el interés? ¿No crece la mentira á la sombra de cada techo, y no florece ricamente en cada contrato, en cada operación comercial? El tendero que os ofrece un género «francés» fabricado en Barcelona; el farmacéutico que os vende el reparo de la salud adulterado y sin fuerza ni eficacia; el ultramarino que os expende género sofisticado; el anticuario que os endosa por del siglo XII sitiales que aún tienen la cola fresca; el contratista que os entrega una casa de cartón por una casa de mampostería y granito; el cochero que os cobra una carrera al precio de una hora; el empresario que os ofrece un espectáculo exquisito y os da un espectáculo de tercera clase; el político que lanza programas y los olvida en cuanto asciende al poder... ¿en qué se diferencian, esencialmente, de la embaucadora de Madrid? ¿Por qué á ella la encierran y se deja sueltos á los demás? — La embaucadora de Madrid tiene en su abono que sólo ha engañado á aquellos que nacieron para ser engañados sin tregua: su engaño no está complicado de perfidia. Engaños de otra índole mucho menos excusable se consuman diariamente en el mundo, sin que la ley, esa ciega armada de palo, se mezcle en ellos. Ha ido á recaer su severidad en la engañadora menos maligna.

El *Liberal* asegura que la postalomanía va en decadencia. No lo había notado. Al contrario: arcecia el chaparrón de postales en mi mesa de escritorio. Será que, como la luz de la lámpara antes de extinguirse, lanza sus más vivos destellos la postal en vísperas de sepultarse en el olvido. Hay una razón, sin embargo, para que la postal no desaparezca así tan fácilmente. Es cómoda, es práctica, y como medio de comunicación tarde podrá substituirse. Vino á reemplazar, en muchos casos, al telegrama, y en infinitos á la carta, con sus prolijas fórmulas de encabezado y final, su enojoso proceso de plegado, introducción en el sobre, pegue de éste, etc. Aunque los refinados desdeñen, por su excesiva difusión, la postal, la multitud no renunciará á ella, y los «pensamientos» en postales florecerán ampliamente, democratizando la relación entre las eminencias — digámoslo así — y el vulgo que las contempla desde lejos.

Juguetes de la gente, entretenimientos de un minuto, que ayudan á llevar el peso de la existencia, por todos aborrecido, pero sentido y advertido por todos.

Siguen á la orden del día, en Madrid, los asesinatos y los suicidios pasionales. Una racha de locura amorosa se desencadena entre las clases humildes, haciendo riza y estrago.

Tienen la mano segura y pronta esos locos instantáneos; su navaja corta con rapidez horrible el hilo vital; su revólver no falla; su pulso no tiembla. La resolución es en ellos firme, inquebrantable. Nuevos Wérther de la plebe, parecen decir á la faca y al Smith: «He aquí la llave de nuestra prisión.»

El asesino pasional de la calle de Ferraz ha procedido como el rayo. Su furia no perdonó ni á la vieja que terciaba en la cena cuyo término fué el drama de muerte. ¿Qué papel desempeñaba esa vieja, á quien certero navajazo partió el pulmón? ¿Era la cómplice y confidente de la culpa, la que encubría el lazo secreto no sospechado por el consorte? ¿Era al contrario la guardiana y vigilante que estorbaba las efusiones de los dos enamorados? ¿Era sencillamente una testigo casual, que por inadvertencia se colocó donde la arrollasen los huracanes?

Cosa que hace meditar, lo que la casualidad pone de su parte en la historia de los individuos. Así como en la de las colectividades hay poco de casual y mucho de lógico, de fatal y matemático, el individuo, el grano de arena, rueda y se precipita al leve choque de inesperada circunstancia. La vieja Ursula, de setenta y seis años, al sentarse á la mesa para cenar donde hiciese más fresco, en la calurosa noche del miércoles 2 de septiembre, metió el pie en la fosa. ¿Quién se lo hubiese dicho? ¿Qué cálculo de la razón, qué presentimiento del alma pudo avisarla ni prevenirla? La moza, al fin, andaba envuelta en amores, y donde hay amor hay riesgo y aventura. La vieja no: su idea, preferente, única, sería cenar en paz. Y fué á digerir su cena en otro mundo — en la inexplorada costa de que hablaba Hamleto, — seguida de cerca por el alma de su matador, ni tardo ni perezoso en arrojarle también fuera del triste planeta en que tantas cosas negras suceden.

Y el velo del silencio eterno cae sobre este episodio, ya trillado á fuerza de repetirse, porque la muerte cerró las bocas y cortó la acusación y la queja.

El Sr. Cobian proyecta reorganizar los arsenales. Al aprobar tan excelentes propósitos, quisiera yo que me explicase el ministro en qué consiste que siempre están reorganizándolo todo, que no se oye hablar sino de reorganización, y que todo anda superdesorganizado, hecho una lástima.

El arsenal de Cartagena, cuando lo visité hará cuatro años, me causó un efecto deplorable. No me sería fácil concretar esta impresión justificándola con razones; la sentí, me entró por los ojos, y aunque carezco de competencia y hasta de costumbre de ver arsenales, juraría que aquél se encontraba — como dice ahora el ministro — en un estado de abandono que hay que remediar á toda costa, y rebosando abusos y chorreando deficiencias. El abandono, la inercia, el descuido, se respiran y se perciben en lo más mínimo, en una capa de polvo sobre lo que debe relucir, en un clavo faltoso, en un montón de placas de blindaje que se come la herrumbre, en un rollo de cable que estorba el paso, en la hierba que brota entre las rendijas, en la actitud indolente de un oficial que entreabre un ojo y chupa un cigarro...

Si el Sr. Cobian les da un recorrido á los arsenales y el Sr. Besada les pasa un plumero á las oficinas, habrán merecido entrambos bien de la patria. Las oficinas — al menos todas aquellas en que he sentado el pie en mi vida, y no son muchas, pero supongo que para muestra basta un botón — llevan escrito, en caracteres trazados con el dedo sobre el polvo, como los que las amas de casa garrapatean para avergonzar á las criadas descuidadas, el certificado de su desastrosa petrificación. Todos los españoles se quejan verbalmente de las oficinas, de los retrasos del expedienteo, de esa estancación de los asuntos tan desesperante y fatal. Nadie, sin embargo, se decide á formular estas quejas donde resuenen y adquieran publicidad positiva. Se lamentan males remediables, como se lamenta una fatalidad física, el mal tiempo, el terremoto ó la muerte, cosas que no tienen vuelta y contra las cuales no hay lucha que valga.

De esta quietud de la voluntad, de esta resignación morosa al abuso, he tenido ayer mismo una curiosa muestra. Al balneario en que me encuentro y que es el mejor instalado y confortable de España, conducen desde la estación del ferrocarril coches de alquiler, una empresa independiente de la administración del balneario y acostumbra á hacer su gusto libremente. No hay viajero que no tenga que contar vejámenes de los coches: constituyen los coches el punto negro de la estancia en tan magnífico establecimiento como es el de Mondariz. La exorbitancia de las tarifas, el mal servicio de los coches, son asunto de conversación preferente. Molestada á mi vez, decidí consignar mi protesta en el libro de reclamaciones de la Empresa. Sacáronlo de un armario donde estaba arrumbado, y me lo tendieron, con sonrisa irónica y triunfal. El libro tenía de fecha cuatro ó seis años, y estaba en blanco: mi reclamación era la primera que en sus hojas se consignaba! Cuatro ó seis años de renegar de palabra, de maldecir de la empresa y sus demasías, y ni dos renglones por escrito para procurar el remedio.

Los inspectores tendrán razón si, al ver el libro en blanco, van diciendo: «Cumple esta Empresa perfectamente, y el público está tan contento, que ni la menor reclamación se le ha ocurrido anotar en tantos años.»

Y yo pensaba que este libro es España..., la España externa, visible, oficial, pintada en la pared.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El proceso Humbert ha demostrado una vez más (pór ser parodia ínfima del asunto Dreyfus, en cuanto á pretensiones sensacionales) que el régimen y las instituciones que Francia se ha dado á sí misma no son inferiores en solidez á los de otros países. — Hubo quien auguró que entre el rebullicio de fango de los debates Humbert se anegaría, enlodado, el gobierno; y la curiosidad irritada y picante de la multitud aguardaba con infinito interés los interrogatorios en que Teresa abriría la válvula y dejaría fluir las revelaciones terribles, arrasando honras y desmoronando prestigios. Y sucedió lo acostumbrado, lo infalible cuando el escándalo se anuncia y trompetea: el escándalo no vino, el escándalo se quedó en casa; defraudada la curiosidad, y reducido todo el formidable alboroto á las naturales proporciones de las hábiles estafas de que aquí nos dió idea la célebre doña Baldomera, y que jamás creímos trascendentales á la política ni al equilibrio de las naciones.

Acaban de prender en Madrid á una mujer que no emuló á Teresa Humbert, pero que, como ella, vivió á cuenta del extenso reino de Trapisonda. — Hablo de la adivinadora de la calle de la Huerta de Bayo, que á estas horas, si no se halla ya libre bajo fianza, se pudrirá en la cárcel, lamentando no haber adivinado, ella cuya profesión era adivinar, la jugareta que el señor gobernador la preparaba.

No dudo yo de que el señor gobernador haya procedido con toda la corrección y la legalidad que corresponden á sus elevadas funciones; de la ley no se habrá apartado un punto; pero la ley — á la verdad — no me parece en esto bien hecha. Comprendo que se persiga á las comadronas sin título y á las curanderas sin estudios; mas ¿por qué perseguir á las vendedoras de ilusión? ¿Hacen daño á nadie esas que pronostican dichas, alegrías, perseverancias del amor y benignidades de la fortuna? ¿Tienen ellas la culpa de la infinita credulidad humana, de la inquietud que se apodera del hombre — ó de la mujer — ante el velado destino, y le impulsa á querer forzar su secreto, á imaginar que alguien, acá abajo, sabe algo de lo que puede traernos el oleaje del tiempo y el rodar de la vida?

Débil y mentecato será quien busque tales augurios y los pague; pero seguramente no causa mal; distracción inofensiva la suya, y barata dosis de esperanza — si eso puede infundírsela. — A veces damos en suponer que la superstición es patrimonio exclusivo de los pueblos atrasados; y sin embargo, París está lleno de sibilas, herederas más ó menos degeneradas de la célebre Madama Lenormand, profetisa oficial del impresionable y crédulo Napoleón. Estoy por decir que son los países de acción y de